México, D.F., marzo de 1984.

Para conmemorar el octavo aniversario del fallecimiento de

DON DANIEL COSIO VILLEGAS

sus amigos y discípulos nos reuniremos, como en años anteriores, en torno de su tumba (Panteón Jardín, sección 1-A, Explanada, Balcón 3, fila 4), el viernes 9 de marzo a las 14:00 horas.

La Profra. Bertha Ulloa y el Lic. Luis Ortiz Monasterio han aceptado pronunciar unas palabras en esta ocasión.

Atentamente.

LA COMISION

Un recuerdo de don Daniel

En el ya lejano año de 1953, al iniciarse el trabajo del Archivo de Matías Romero para la Historia Moderna de México, tuve el privilegio de empezar a tratar personalmente a don Daniel, el intelectual al que tan alto miraba y admiraba en sus brillantes conferencias en El Colegio Nacional, a las que concurría asiduamente. Desde el primer saludo que intercambiamos en aquella ocasión me sorprendió la cordialidad y confianza que inspiraba su trato. Para mi fortuna ese trato personal se habría de continuar en las pláticas, que sobre diversos temas había periódicamente en la Sociedad Mexicana de Historia —formada por exalumnos de El Colegio de México— y que por aquel entonces se reunió en sus dos sucesivas casas, la de Nápoles y la de Durango, y que se continuaban frecuentemente en algún restaurant del rumbo, disfrutando de la conversación de don Daniel y de sus sabios y agudos comentarios.

En 1957, como ha dicho Antonio Alatorre, don Daniel "me propuso concretamente una meta y me invitó a alcanzarla": la de dedicar mis esfuerzos al estudio de la Revolución Mexicana, formando parte de un pequeño equipo con Luis Gonzáles, Susana Uribe, Luis Muro, Lupe Monroy, Stanley Ross y Fernando Zertuche, que en un principio se dedicaría a la localización e investigación de las fuentes manuscritas e impresas de ese período. Posteriormente, parte de ese equipo y otros investigadores más nos encargaríamos de colaborar en la redacción de la obra que

don Daniel traía en mente desde 1948: la Historia de la Revolución Mexicana.

Desde mi ingreso al Seminario de las Fuentes de la Revolución, hasta la partida de don Daniel, mi trato con él fue ininterrumpido, cotidiano y afectuoso. En ese "ámbito de cordialidad que don Daniel supo crear en torno suyo", realizamos el trabajo y gozamos de todo lo que intelectualmente significaba su presencia así como de su interés y atención. Entre las muchas manifestaciones de amistad, generosidad e interés por los demás, guardo un recuerdo imborrable. Cuando estaba p_róximo a publicarse el resultado del primer trabajo que realicé con él, frecuentemente me preguntaba cómo iba la imprenta y, cuando finalmente le comuniqué la fecha de su aparición, quiso que todo el equipo lo celebráramos con una comida, poniendo el libro en el centro de la mesa. Allí expresó sus deseos de que con el tiempo hubiera otros volúmenes más, cosa que ha sucedido como fruto de su guía, ayuda y paciencia. Hoy, en manifestación de mi gratitud a don Daniel, quiero poner en manos de doña Emma la última obra en el camino que me invitó a seguir, como el más modesto homenaje al fundador de nuestro Colegio, al intelectual que "amó y trabajó con fervor por México"y en el que siempre fueron congruentes su pensamiento y acción.

Muchas gracias.

Berta Ulloa

Marzo 1984.

Dos Discursos Emotivos en el Octavo año de Muerto Daniel Cosío Villegas

Por MARTA ANAYA

Bajo la sombra de un árbol, en el inmenso Panteón Jardín, el maestro Víctor L. Urquidi se apoyaba en su bastón.

A unos pasos, crisantemos blancos eran depositados —en nombre de El Colegio de México— sobre el sepulcro de don Daniel Cosío Villegas.

Doña Emma, viuda del hombre que hoy cumple ocho años de haber fallecido, miraba agradecida —con esos ojos grandes y todavía bellos— al pequeño grupo ahí reunido y apretaba contra su pecho un volumen de la Historia de México.

Respetuosos, en silencio, permanecían la mayoría de los asistentes: Ario Garza Mercado, Lorenzo Meyer, Antonio Trejo, Mario Ojeda, Juan Lope Blanch, Carlos Bazdresech, José Luis Reyna, Roque González Salazar, Omar Martínez Legorreta, Berta Ulloa, Luis Ortiz Monasterio, Antonio Martínez Báez, Julia León de Cansino; Enrique, Aurora y María Teresa Díez Canedo.

Sólo un par de chiquillas —de 6 y 9 años— jugueteaban con una cubeta. Nancy y Ana Lilia eran sus nombres. Y acababan de limpiar la tumba del viejo maestro, como cada semana.

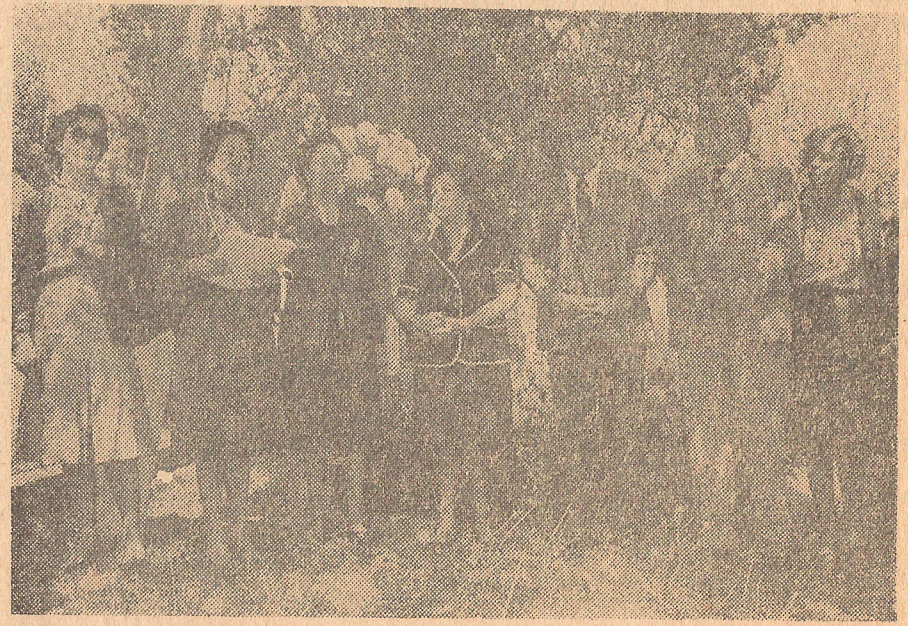
El homenaje a don Daniel —a ocho años de su partida— sería elegante y breve: dos discursos emotivos... y nada más. No más de veinte minutos estaríamos todos ahí en el cementerio.

Berta Ulloa sería la primera en hablar. Con voz suave, las manos temblando de emoción, recordaría aquella ocasión en que Cosío Villegas la invitó a dedicar sus esfuerzos al estudio de la Revolución Mexicana, junto con Luis González, Susana Uribe, Luis Muro, Lupe Monroy, Stanley Ross y Fernando Zertuche.

Hablaba la investigadora casi al pie de la tumba del que fuera —de hecho— su maestro. Junto a su pie, al-

SIGUE EN LA PAGINA 32

Dos Discursos Emotivos en el Octavo año de Muerto Daniel Cosío Villegas



EN EL HOMENAJE a Daniel Cosío Villegas, Berta Ulloa pronunció breve discurso. A su lado, la viuda del maestro; así como Julia de Cancino, Luis Ortiz Monasterio, Roque González y Virginia López Guerrero. (Foto de Mayolo)

Sigue de la página cinco

canzaba a verse la cruz de piedra, en cuya intersección un pequeño mosaico blanco tenía esta inscripción: "Daniel Cosío Villegas, 10-III-1976". Y, un poco más abajo, en letras muy pequeñas, el lugar que ocupa en el camposanto: "Sec. Balcón 3. Fila 5 Fosa 28".

OCHO AÑOS SON NADA

Ocho años son nada, en especial para el historiador que mide los tiempos por décadas, centurias y dinastías..., diría Luis Ortiz Monasterio: "No es el luto el que aquí nos congrega, es el retorno a los orígenes, la vuelta al solar y al tintero".

El atractivo de don Daniel —diría Ortiz Monasterio— está en que quiso bajar la Revolución del caballo y la hizo montar en la biblioteca.

Aún hoy —comentó— causa admiración la monumental Historia Moderna de México, escrita casi en un cuarto de siglo:

"En un país en que los planes no sobreviven a sus autores, donde un gran número de revistas no aparecen en su número dos, lleno de edificaciones materiales y espirituales inconclusas, de cruzadas truncas y afanes efímeros, la obra institucional de Cosío se agiganta".

Gran lección —diría el orador— para estos días de muchas tácticas y poca estrategia, de rumbos extraviados, de brújulas y sextantes descalibrados, de urgencias pospuestas, de orígenes olvidados y amnesias al minuto.

Ortiz Monasterio comentó que Cosío Villegas bien sabía del peligro de que la Revolución fuera nuevamente traicionada. De que la única forma de preservarla y completarla, era crear mecanismos irreversibles, tanto políticos como culturales, que hicieran imposible una nueva "pesadilla de científicos, hacendados y tiranuelos".

Y agregó:

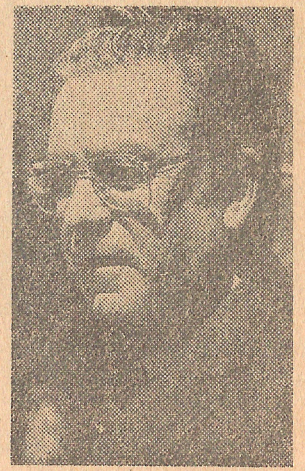
"Muchos se duelen de que Cosío no hubiera accedido a puestos de mando político... Que bueno que fue así... Alguien tiene que guardar la distancia y mantener la independencia. Alguien debe encargarse de hacer la guardia, muy especialmente en aquellas sociedades en que el presidium está a reventar y la luneta vacía".

Un suave ventecillo acompañó las últimas frases de Ortiz Monasterio: "Cosío tiene su estilo muy personal de vivir su ausencia".

No hubo aplausos, no hubo risas, no hubo comentarios. No se trataba de eso. Acaso una palmada y un saludo de despedida.

El golpear del bastón de don Víctor L. Urquidi —director de El Colegio de México— sería lo último en escucharse allá en el cementerio.

El homenaje a Daniel Cosío Villegas había terminado.



VICTOR L. Urquidi, director de El Colegio de México, asistió ayer al homenaje que se rindió a Daniel Cosío Villegas —a ocho años de su muerte— en el Panteón Jardín. (Foto de Mayolo)

EMA SALINAS de Cosío junto a la tumba de su esposo, Daniel Cosío Villegas, al cumplirse ayer ocho años de su muerte. (Foto de Mayolo)